

## el factor espiritual y sociológico en las enfermedades del corazón

por el prof. Dr. GEORGE SIEGMUND

La muerte cardíaca figura en primer lugar como causa de defunción. Es en verdad impresionante la consideración de la tabla estadística de fallecimientos según la causa de defunción que publica el Servicio Estadístico de la República Federal Alemana. En el contexto se dice así: "Entre las causas naturales de muerte tiene la máxima importancia, desde el punto de vista de la proporción numérica, la cifra de los casos de defunción por enfermedades cardíacas, vasculares y circulatorias. Requieren la máxima atención dentro de este grupo los casos de muerte por enfermedades de las arterias coronarias. Figuran en segundo lugar los casos de defunción por formaciones malignas.

La frecuente muerte cardíaca del presente debe hacernos reflexionar sobre todo si se considera que golpes tremendos del destino como el terrible azote de la guerra y sus graves consecuencias postbélicas no han agudizado, ni hecho aumentar la frecuencia de las defunciones por enfermedades del corazón. Al estallar la última guerra había, ciertamente, un gran número de enfermos cardíacos y la muerte cardíaca era también frecuente, pero durante los años de la guerra misma este número disminuyó y en los primeros años de la postguerra se registró un mínimo. Con el mismo ritmo de la recuperación económica aumentaron las defunciones, por infarto cardíaco especialmente, en forma impresionante. El muy comentado aumento de las enfermedades del corazón se inicia en 1948. El número de infartos cardíacos se ha triplicado en Alemania durante los últimos siete años.

Por lo demás el aumento de la muerte cardíaca no se restringe a los años de recuperación económica: es algo que está en el aire de la época. A comienzos de nuestro siglo la muerte cardíaca solía figurar entre el cuarto y séptimo lugar. Después de haber pasado al primer lugar en los Estados Unidos de América, se produjo el mismo fenómeno en los países "americanizados". Sobre todo la obturación de las coro-

narias es causa de defunción muy frecuente. Esta causa de defunción ha pasado en los Estados Unidos en el curso de 25 años del 20,2 al 44,1 por ciento. Según un cuadro estadístico de la American Public Health Society durante el año 1956, más de un cuarto del total de defunciones se debió a enfermedades de las coronarias.

Los amenazados por este tipo de muerte son sobre todo los hombres. Siguen, con gran diferencia, las mujeres en el climaterio. De cien casos en personas de menos de 40 años, 97 eran hombres y sólo 3 mujeres. Como son los hombres quienes han tomado a su cargo la industrialización de la vida económica y son ellos quienes la impulsan, podría presumirse que el género de vida —expresémoslo con cautela— en la "era de la industrialización", es culpable del rápido aumento de las fallas cardíacas.

En notable paralelo con la muerte cardíaca está el suicidio. También aquí puede observarse que durante los años terribles de la guerra y el duro período de la trasguerra el número de casos de muerte voluntaria fue esencialmente inferior al de los siguientes años de auge económico. Este paralelismo apunta a una raíz idéntica.

Sencillamente es la pura evidencia que no son los golpes del destino por sí solos los que van minando el poder humano de resistencia acreando la receptividad para las enfermedades. En una consideración sobre el comportamiento del ser humano en las grandes catástrofes naturales llega Joachim G. Leithauser a la conclusión de que el hombre "en la prueba a que le someten las catástrofes se muestra fuerte y débil al mismo tiempo"... "Débil y frágil en lo físico, pero fuerte de veras en lo psíquico y capaz de superar relativamente bien las terribles vivencias de las catástrofes. Después de los terremotos de Mesina de 1908 y del Japón de 1923, por ejemplo, no se observó ni un aumento de las neurosis de angustia, ni un número especialmente alto de psicosis. A pesar de los

acontecimientos más terribles es tan vigorosa la voluntad de supervivencia que ninguna catástrofe es capaz de quebrantarla. Así como en los sufrimientos y torturas de la desgracia se revela, con súbito carácter, la hermandad de destino del ser humano, así también en la lucha contra la catástrofe y sus consecuencias se manifiesta también, con no disminuida reiteración, la a menudo olvidada comunidad de los hombres". Se alude aquí a un factor seguramente de máxima importancia: la comunidad de destino ayuda evidentemente al individuo en su resistencia.

En tiempos en que el destino descarga sus golpes sobre la comunidad el individuo se evade totalmente del mundo de los designios privados para cuya realización vivía y en torno a cuya meta giraban sus preocupaciones. Con ello es eximido del torturante conflicto entre las nostálgicas esperanzas y las repulsas del fracaso. Se unifica íntimamente. Al mismo tiempo ingresa en el sagrado de la protección y el amparo de aquellos que comparten el mismo destino. Con ello queda descartada una muy esencial condición de muchas enfermedades: la íntima desavenencia que se crea su expresión orgánica en una perturbación del equilibrio fisiológico. No se ha valorizado aún cabalmente la espera existencial proyectada sobre el futuro en su importancia como causa de enfermedad. Si el hombre aventaja al animal en su completa decisión para elegir, también en la posibilidad de un conflicto resuelto a duras penas. Según Schopenhauer pertenece justamente "esta capacidad de deliberación del hombre también a las cosas que hacen su existencia mucho más torturante que la del animal, ya que no tropezamos con nuestros sufrimientos mayores en el presente, en forma de evidentes representaciones o sentimiento inmediato, sino en la razón... como ideas que nos atormentan, de lo que el animal, que sólo vive en el presente y en envidiable despreocupación por lo tanto, está libre por completo. Precisamente porque el hombre, con todos sus sentidos, planes y preocupaciones se orienta sobre el futuro, las amenazas que se ciernen sobre el mundo de sus esperanzas le duelen más cruelmente que las privaciones momentáneas y los dolores físicos. "La preocupación y la pasión, es decir, el juego de los pensamientos, carcomen el cuerpo más y más a menudo que los trastornos físicos" (Arthur Schopenhauer). La investigación patológica de los últimos tiempos ha podido ras-

trear retrospectivamente el origen de específicas enfermedades humanas hasta la esfera, de todo punto personal, de los conflictos íntimos. Puede muy bien ocurrir que una disensión íntima no permanezca en el ámbito interior de la psique y se procure una expresión orgánica en la fallida dirección de la actividad del organismo, que al volverse contra la integridad de la vida la hace perder su equilibrio.

Partiendo de este punto de vista ha de entenderse el extraordinario aumento de las enfermedades del corazón. Siempre de nuevo comprueban los expertos médicos que no son los apremios objetivos los que minan prematuramente el poder de resistencia del corazón humano. Asombrosamente bien es capaz de resistir el hombre sobreexcitado el exceso del esfuerzo mientras ponga "todo el corazón" en la cosa y la tarea y ponga todo su ser a contribución para ver realizado un designio. Según nuestras experiencias sobre la capacidad de trabajo del corazón no es la sobrecarga física a lo que deban atribuirse tantas y tan graves enfermedades cardíacas. Para responder a su fauna está provisto el corazón de una notable reserva de potencialidad. Puede aumentar en gran medida la intensidad de su trabajo, en casos de esfuerzo extraordinario, sin agotarse. Los músculos del esqueleto se fatigan mucho antes que el músculo cardíaco.

En el análisis de la llamada "enfermedad del gerente" insisten los expertos, con la máxima reiteración, en el hecho de que la temprana muerte del "gerente" no es atribuible a una "agresión" desde fuera y que a los "managers" se les considera falsamente como "víctimas de su profesión". Ni la índole del oficio, ni el exceso de responsabilidad, ni el apremio de tiempo, ni la general inquietud e inseguridad son culpables del aumento de las enfermedades cardíacas y circulatorias, como tampoco de la hipertensión. Es más bien el modo y manera como un ser determinado concibe su profesión y la practica lo que dobla al hombre. Es cierto, en realidad, lo que un eminente clínico ha dicho de que "el hombre muere por su carácter". La tensión febril, la ambición excesiva, la psíquica sobretara por un ritmo de trabajo poco razonable, el constante miedo a la competencia, a la pérdida de la propia capacidad, una vida irregular, el abuso de excitantes, la suculenta alimentación y la falta de ejercicio físico son mencionados siempre como los factores que acrean las lamentables consecuencias a que se

ha dado el nombre de "enfermedad del gerente" (manager). Pero aquí topa ya el médico especializado con los límites de su especialidad. Será capaz de enumerar los distintos síntomas, mas no el punto de unidad que hace estos síntomas comprensibles.

También advierte muy pronto el médico que frente al manager y el enfermo cardíaco, si quiere ser realmente útil, deberá rebasar los límites de su especialidad y recurrir a indicaciones sobre el carácter de general interés humano. Por lo común su "ayuda" quedará atollada en lo puramente negativo. Prohibirá el alcohol y la nicotina, el ritmo febril y el exceso de trabajo. Tiene, sin embargo, la sensación de no tocar humanamente el problema, sobre todo con la reiterada cantinela de "nada de alterarse y agitarse". Pero cabalmente la íntima agitación es lo que atosiga al enfermo cardíaco y de lo que no puede librarse. Se ha formado tan entrañadamente en una actitud determinada, ha llegado ésta a constituir segunda naturaleza hasta tal punto, que el consejo del médico le parece quimérico, irrealizable. Se ha incrustado en lo íntimo esa actitud de toda una vida en tal forma, que aunque de facto se ha revelado como falsa y así ha sido vista por otros, no va a ser abandonada por una simple apelación a la buena voluntad. Algo completamente distinto es aquí necesario: una conversio que llegue hasta la hondura, un trastrueque de la naturaleza, no de la "primera", sino de la "segunda" naturaleza, ciertamente, una disolución de lo superpuesto y al mismo tiempo un cambio en nueva dirección que deberá sostenerse y a su vez convertirse en hábito. Ahora bien, con ello queda el hombre obligado a una reflexión fundamental, se ve ante el requerimiento de una transformación, de un cambio de sentido, una "meta-noia", cuya necesidad no se cansa de indicar el médico, quien, sin embargo, no dispone de los medios y normas indispensables para dirigirla. También el paciente se ve excedido al encontrarse bajo el conjunto de un espíritu de época anónimo que le apremia y empuja, sin que sea capaz de objetivarle y desentenderse de él.

Nos encontramos hoy en la singular situación de quien ve entrelazarse en una unidad dos conocimientos (en sí totalmente dispares) del corazón humano. La índole de uno de estos conocimientos sobre el corazón humano surge del hontanar de una remota experiencia de la inti-

midad del hombre. Durante milenios el corazón ha sido para él asiento de la sensibilidad. Los mismos giros del lenguaje lo expresan así en muchas formas: el corazón da saltos de alegría y se rompe de pesar. Se derrite en el transporte amoroso y se para de susto. Al miedoso le late en la garganta y al abatido se le cae a los calzones. Se estremece de santo respeto. El valor le hace latir más fuerte. Ahora bien, desde Harvey el corazón fue algo que nada tenía que ver ya con el asiento de las emociones: un aparato de bombeo de la sangre explicable mecánicamente, muy ingeniosamente dispuesto, ciertamente, para sus funciones, pero sin ninguna relación con sentimientos.

Entretanto la consideración psicossomática de las enfermedades del corazón ha encontrado el nexo entre ambas concepciones. Nos ha enseñado que la actividad cardíaca tiene mucho que ver con emociones efectivamente. Hacía mucho tiempo que sabíamos que los afectos pueden ejercer un fuerte influjo sobre la actividad del corazón. Pero no se sabía, en cambio, que afectos duraderos, fundamentales estados de ánimo que con cierta exclusividad predominan durante años, no quedan sin consecuencias, justamente por su duración. En enfermos a los que durante años se han diagnosticado síntomas cardíacos de naturaleza neurótica puede de pronto producirse una insuficiencia coronaria. Sabemos que afectos hostiles, sobre todo, retenidos permanentemente tras la máscara de un perfecto dominio de sí mismo, envenenan el corazón. La indignación sin la válvula del desahogo, la rabia contenida, la ambición insatisfecha, son, como afectos de carácter duradero, de supremo peligro para el corazón. Sentimientos de venganza abrigados durante largo tiempo, la incapacidad de perdonar al enemigo "con todo el corazón", se revelan como factores aptos para causar enfermedad.

Se objetará que esto lo ha habido siempre. Por ahí no se podrá buscar la razón del fuerte aumento y la frecuencia de las enfermedades del corazón que en el presente se observa. Es cierto. Nos vemos por ello inducidos a deslindar un especial espíritu de época bajo cuyo imperio nos encontramos todos en mayor o menor medida y cuyas repercusiones nos expliquen el aumento de las enfermedades del corazón. Lo hay efectivamente. Es algo trágico que de las imágenes que sirven de guía al hombre se haya evadido un concepto fundamental: el con-

cepto de la naturaleza humana como norma y medida de su quehacer.

La actualización de la imagen del hombre con negación del fundamento de una raíz (el "alma") representa un proceso que se ha abierto vía en los nuevos tiempos. Con el desplazamiento de la concepción de la esencia del hombre se ha impuesto una transformación valorativa de enorme alcance. Lo decisivo y esencial del hombre no está ya representado por su alma espiritual a imagen y semejanza divina, que alienta ya en el niño previa a toda actividad del espíritu y le otorga dignidad de persona. En lugar de esto se ha convertido, única y exclusivamente, en esencia, sentido y valor del hombre, la personalidad actual y actuante. Con la actualización del hombre queda anulado el valor fundamental cristiano: el alma espiritual, que es inmortal, representa un valor infinito y cuya salvación es la verdadera instancia de la vida del hombre. En virtud de una revolución espiritual con un proceso de centurias y de la que generalmente el individuo no tuvo conciencia en absoluto, se desplazó el acento de la concepción del hombre y su valorización, del ser y la existencia del alma espiritual, haciéndosele recaer sobre su quehacer consciente. Según esto el hombre es hombre en la medida en que se hace hombre a sí mismo, o —dicho de otro modo— en la medida en que se convierte en "personalidad".

Intentemos poner en claro qué reacciones debe tener la negación consciente o inconsciente del alma en la conducta vital: advertiremos que ningún verdadero ser humano, ningún auténtico valor humano es reconocido fuera del quehacer. Quiere, pues, decirse que sólo en cuanto me "siento" en mi hacer soy valor y tengo valor. Criterio semejante tiene que impulsar al hombre a procurar siempre "sentirse", a demostrar y mostrar su existencia y su valor y con ello a poner todo el valor y hacer recaer todo el acento en este sentirse a sí mismo. La vida humana no tiene ya valor e importancia en sí misma: sólo lo tiene, simple y exclusivamente, la "vivencia" humana. Consecuencia ineludible de esto es la vivencia como manía, diríamos que la necesidad convulsa de sentirse a sí mismo y experimentar la propia vivencia. Con esta pasión el sentido de la serenidad y la quietud, de la fidelidad consigo mismo y de la madurez, se desvanecen. Se pierde la noción de que en la hondura del hombre hay algo que sobrevive a todos los actos singulares, que este

ser fundamental contiene los gérmenes que deben hacerse crecer, florecer, madurar y arrojar fruto; se pierde la noción de que el hombre está llamado a atestiguar a sí mismo y alcanzar su perfección. Se olvida que en las tendencias naturales del ser fundamental se oculta una recóndita norma de justicia con la que el hombre debe coincidir en el comportamiento de su vida si quiere poseer la paz interior y que todo delictivo apartarse de esta norma conlleva la venganza de la naturaleza y acarrea el íntimo desgarramiento.

La voluntad de infinitud desligada de lo trascendente desembocó en la voluntad actualista de experimentar la propia vivencia como valor y gozar con ella. Considerando el trabajo como instrumento de auge se llegó a convertir el trabajo en obsesión, incluso en rabia de trabajo, en todas las esferas de la vida humana. En la esfera de la economía surgieron de esto el espíritu adquisitivo insaciable y el materialismo de la vida práctica que con tanta frecuencia se fustiga hoy sin conocer sus raíces, sin poder ponerle remedio eficaz, por lo tanto.

Demos aún un ejemplo de cómo el febril y autodestructor ritmo de una concepción actualista repercute también en otras esferas de la vida. Max Scheler fue uno de los filósofos más dotados de la última generación. En la plenitud de su vida, cuando sólo contaba 51 años de edad, murió Scheler, de modo completamente inesperado para la gran multitud de sus adeptos. El conocido filósofo español Ortega y Gasset dijo en una ocasión que su gran amigo Max Scheler, en quien veía a uno de los espíritus más fecundos de la época, que vivía en una incansante irradiación de ideas, murió porque no podía dormir. Le menciona como ejemplo del creciente insomnio del hombre civilizado, de la casi constante, a veces terrible, insuperable vigilia, que tortura a los hombres de intensa vida íntima. Max Scheler era un claro representante del actualismo. Habría que decir que no sólo le enseñó, sino que, además, le vivió. El filósofo Dietrich von Hildebrand, que cultivó una estrecha amistad de años con Max Scheler, a quien conocía muy bien, nos describe muy de cerca esta peculiar personalidad, poseída realmente de la idea fija de mantenerse en descarga espiritual constante, pues sólo se podía creer existente si se mantenía intelectualmente activo. Ocurrió que a la postre fue ya incapaz de insertar pausas creadoras en su ta-

rea. No consiguió entrar en reposo tras determinada verdad, una vez reconocida, para vivir de ella. Dominada una cosa por el conocimiento, se precipitaba sobre la próxima, acelerando el ritmo constantemente, hasta que la naturaleza falló.

De las publicaciones norteamericanas se desprende que, en sorprendente proporción, muchos de los enfermos que padecen de esclerosis coronaria son hijos de pobres inmigrantes que empezaron con nada y después se elevaron a un nivel social y cultural muy superior al de sus padres. En la época de esplendor de Hollywood, a pesar de la dulzura del clima, hizo estragos la esclerosis coronaria entre los prominentes de la ciudad del cine. De ellos un 60 por ciento padecía de graves complicaciones cardíacas. Cuarenta por ciento fue arrebatado, ya entre los 40 y los 50 años, por ataques al corazón. La mayoría de los grandes del cine vivía, en forma permanente, bajo la presión de la angustia. "No había realmente ningún lugar del mundo donde la seguridad, la *personal security*, se moviera sobre tan delgada capa de hielo. Ni siquiera las estrellas tenían contratos de larga duración, por lo que todos vivían bajo la amenaza de la ruina súbita. Encima debían sacrificar a su pugna por la existencia el reposo de sus días y sus noches. Incluso las llamadas empresas de descanso y recreo servían para la más frenética propaganda personal. Pero no mucho mejor que con las estrellas de Holly-

wood se porta la esclerosis coronaria con los médicos. Las estadísticas de la Clínica Mayo, en Rochester, por ejemplo, nos informan que entre todos los pacientes de dicha Clínica, los médicos figuran, con el 10 por ciento, en primer lugar y en proporción desmesurada, entre los escleróticos de las coronarias. En segundo lugar de la afflictiva serie, aunque sólo con la mitad justa del porcentaje, siguen los banqueros escleróticos de las coronarias, luego, nuevamente a cierta distancia, los abogados y los sacerdotes y en último lugar, con sólo 2,5 por ciento, los *rancheros*" (Medard Boss).

Las enfermedades cardíacas, en la frecuencia alarmante que presenciamos, son consecuencia de una perversa actitud humana respecto de la acción. La referencia natural al hombre se ha perdido. De algún modo se ha hecho del trabajo un ídolo, ya se trabaja por trabajar. Sin embargo, el trabajo sólo tiene sentido y le mantiene en cuanto sirve al hombre. Vale esto tanto para el trabajo manual como para el trabajo mental. La prisa febril es secuela de la pérdida por el hombre de su verdadera meta humana y de su olvido del arte de la humana madurez. Propio de ésta es apartar el "interés" existencial de las finalidades miopes para desplegarle sobre más altas metas. Incluye esto el aprendizaje de la indiferencia frente a las cosas inanes y fugaces a las que el cardíaco tan encadenado se siente, que ellas le reviven y ellas le matan.

## b r e v e s   c i e n t í f i c a s

### VENEZUELA

*El Departamento de Virología del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas descubre un nuevo virus*

Por primera vez, "la coneja" (*Impatiens Sultanii*) fue reportada como planta huésped del virus del mosaico del pepino. La doctora Frieda Herold, en el Departamento de Virología del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, dio comienzo a una serie de experimentaciones a este respecto, a raíz de las cuales se

comprobó que las deformaciones presentadas por algunas plantas de coneja, son causadas por el virus. La doctora Herold observó en plantas de coneja deformaciones, falta de crecimiento e interrupciones del color en las flores; supuso que las plantas eran atacadas por el virus. Después de varias pruebas de laboratorio, logró transmitir los mismos síntomas a plantas de pepino, así como también a plantas de coneja sanas. A partir de estas pruebas, y de otras pruebas serológicas, con la ayuda del microscopio electrónico la Dra. Herold llegó a la conclusión de que se trataba del mismo virus. El